

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

39

JULIO-SEPTIEMBRE

1950

IMPRESA UNIVERSITARIA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 11.00
Exterior Dls.	2.00
Número suelto	\$ 3.00
Número atrasado	4.00

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

Sumario

ARTICULOS

		Págs.
José Gaos	<i>Actualidad de Descartes</i>	9
José M. Gallegos Rocafull	<i>Las Pruebas Cartesianas de la Existencia de Dios</i>	23
Eli de Gortari	<i>Oposición entre la Física y la Metafísica en Descartes</i>	41
Juan Manuel Terán	<i>Descartes y la Política Moderna</i>	69
José Luis Curiel y Benfield	<i>La esfera afectiva en el pensamiento cartesiano</i>	69
Leopoldo Zea	<i>Descartes y la Conciencia de América</i>	93
Francisco López Cámara	<i>El Cartesianismo en Sor Juana y Sigüenza y Góngora</i>	107
Bernabé Navarro	<i>Descartes y los Filósofos Mexicanos modernos del siglo XVIII.</i>	133

Rafael Moreno	<i>Descartes en la Filosofía de la Ilustración Mexicana.</i>	151
---------------	--	-----

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Eduardo García Máynez	<i>Latin-American Philosophy of Law in the Twentieth Century (Josef L. Kunz.)</i>	171
Pedro Rojas Rodríguez	<i>Extremos de América. (Daniel Cosío Villegas.)</i>	174
Raúl Cardiel Reyes	<i>Filosofía del Oriente. (C. P. Conger, J. Takakasu, D. Teitaro Sasaki y Shunzo Sakamaki)</i>	183
Enrique Espinosa	<i>Antropología Pedagógica. (Herman Nohl.)</i>	187
Alicia Gómez Orozco	<i>Introducción a la Psicología Científica. (Oswaldo Robles.)</i>	189
Rafael Heliodoro Valle	<i>Actas del Cabildo de San Juan Bautista de Puerto Rico. (Publicación Oficial del Gobierno de la Capital.)</i>	191
Félix Gil Mariscal	<i>Como Tajo de Hielo. (Jorge Ramón Juárez.)</i>	192
Juan Hernández Luna	<i>Notas de la Facultad de Filosofía y Letras</i>	197
Publicaciones recibidas		201
Registro de revistas		203

DESCARTES EN LA FILOSOFIA DE LA ILUSTRACION MEXICANA

Para hablar de una posible influencia cartesiana en el pensamiento de México, como es nuestro intento, no basta tener presente que Descartes es tal vez el más grande de los filósofos franceses, ni siquiera el hecho de que sea clásico en filosofía, tanto en el sentido de ser una figura prominente en su época como en el de haber dado origen y expresado los ideales de los tiempos modernos dentro de los que estamos nosotros; cosa que se tiene presente cuando se le llama, y con razón, "padre de la filosofía moderna". Quizá estas razones justificarían el tema sobre otro país, pero tratándose de México contradicen el sentimiento generalizado, en muchas ocasiones por nosotros mismos, de que México, al igual que Hispanoamérica, es incapaz o ha sido incapaz de tener, de hacer una filosofía propia. Porque si tenemos una filosofía que en rigor pueda decirse propia, con la cual hayamos en algún modo estado presentes en la cultura universal moderna, y si Descartes es el padre de esa filosofía llamada moderna, indiscutiblemente encontraremos una influencia cartesiana. Intentaremos, pues, indicar primero si hubo tales circunstancias históricas favorables, si la adopción del espíritu cartesiano, si no de la filosofía entera, fué posible, y precisar después el grado de cartesianismo.

I

Es bien sabido que la filosofía moderna de Europa desemboca en un movimiento de luces llamado filosofía de la Ilustración, y que la época actual representa el último desarrollo de las premisas en ella contenidas. Es igualmente una opinión común, por lo menos desde el siglo XVIII

hasta nuestros días, entre los europeos y los mismos hispanoamericanos, que Hispanoamérica no ha participado en la historia universal. Según esto no tuvimos en los siglos coloniales una filosofía moderna; mucho menos pudimos haber tenido una filosofía de la Ilustración que nos comunicara con la unidad cultural integrada por Occidente. Hispanoamérica es y está condenada a ser un pueblo sin historia. Mas esta imagen ya no corresponde a la conciencia que actualmente tenemos de nosotros mismos. Recientes investigaciones han venido a mostrar cómo España, con todo y la intolerancia nacida en el preciso momento en que identificó su destino y su vocación en el tiempo con la salvación de la cristiandad, no pudo privar de la historia a sus hijos: aun contra su voluntad sintieron de alguna manera los problemas y las preocupaciones del hombre moderno. Así nos explicamos la existencia, en los últimos 25 años del siglo xvii y los primeros 70 del siglo xviii, de autores de la talla de Zapata, Avendaño, Tosca, Lozada, Mayans, Martínez, el gran Feijóo, y, entre nosotros, Sor Juana, Sigüenza y Góngora, Clavijero, Abad, Alegre, Maneiro, Fabri, Gamarra, los franciscanos cuyas enseñanzas de física nueva merecieron ser suprimidas por los inquisidores, y algunos otros todavía desconocidos por no estudiados. El significado exterior y visible de su obra —nos referimos ya exclusivamente a los mexicanos— está subrayado en un valiente ataque a los defectos de la escolástica y en el repudio de algunas doctrinas físicas, con la introducción consiguiente de parte de la ciencia moderna y el conocimiento, directo e indirecto, de casi todos los filósofos nuevos. Fueron ellos los predicadores activos de un eclecticismo cuyos mayores frutos —además de una concepción tolerante del mundo y de la conciliación entre el espíritu moderno y el tradicional—, se resumen en un intento grandioso de poner los cimientos para una nueva educación y un nuevo tipo de hombre que respondiera a los anhelos patrios de participar con dignidad en la cultura universal. Filósofos conforme al sentido original de la palabra griega, acendrados mexicanos y humanistas en la acepción amplia y generosa del término.

Frente a estos filósofos sistemáticos, autores casi todos de textos de filosofía escritos en lengua latina, profesores de filosofía, existen otros que despreciando o haciendo a un lado la filosofía escolástica, son filósofos sin sistema; algunos no son profesores de filosofía, casi todos son científicos, matemáticos, minerólogos, botánicos, físicos, anatómicos y observadores de fenómenos que son reconocidos en las academias eu-

DESCARTES EN LA ILUSTRACION MEXICANA

ropeas, o inventores de instrumentos técnicos; preocupados por la utilidad y no por la metafísica, escriben en español mediante formas directamente ordenadas a un gran público, como son los ensayos, las conversaciones, el diálogo, el artículo, la publicación periódica que vuela a todas partes en entregas sucesivas y habla acerca de todas las materias. Enciclopedistas en la acepción propia del siglo de las luces. Los nombres centrales, entre los que cabe citar por el tiempo y las ideas a Gamarra, son Bartolache, Mociño, Morel, Velázquez Cárdenas, Velázquez de León, Agustín de la Rotea, Alzate. Con ellos el pensamiento mexicano conoce directamente la filosofía moderna sin el hiato de un generación como sucede en los anteriores. Su actitud es igualmente más nueva, más radical. No sólo hablan de un nuevo método para los estudios y gritan en todos los tonos posibles la abolición de los vicios escolásticos y recomiendan la enseñanza de las ciencias, sino que, al no intentar ya la restauración peripatética, defienden una filosofía científica basada en la autonomía de la razón, con lo que crean de una manera consciente un nuevo tipo de pensamiento, por vez primera mexicano, tanto por los móviles como por el sujeto y el objeto, equivalente a la obra de la Ilustración entonces vigente en Europa. Una concepción de la filosofía como función esencial de la vida les hace llevar a sus últimas consecuencias el racionalismo, el inmanentismo y el individualismo apenas insinuados en los primeros. Representan por eso el primer esfuerzo continuado, tenaz, pero de un profundo sentido humano, por arrebatar a los hombres de los prejuicios, de los errores, para ellos representados en la mentalidad escolástica que invadía todas las conciencias, por medio de la educación, de la cultura de luces, en definitiva, por medio del ejercicio de la razón y sus frutos más recientes. Al mismo tiempo que allanan el mundo antiguo montado sobre la ciudad de Dios, construyen la ciudad del hombre sobre las espaldas optimistas de la razón. Antes se buscó preponderantemente la posesión del otro mundo, el criterio supremo de la verdad fué lo absoluto, y el hombre era teólogo. Ahora todo es progreso, el criterio es lo útil para alcanzar la felicidad en esta tierra, y el individuo, por el hecho de serlo, tiene la obligación ineludible de ser filósofo. Es esta la filosofía de la ilustración mexicana, cuyas direcciones fundamentales, lejos de aislar la patria del consorcio de las naciones cultas del orbe, la vincularon a Occidente, proporcionando de esta manera la segunda gran contribución de México, y similarmente de Hispanoamé-

rica y de España misma, a la cultura universal — la primera fué con el pensamiento renacentista y el llamado filosofía política de la conquista. Probar todos estos asertos resulta imposible ahora. Cabe con todo insistir en que no puede ser ajeno a nuestras preocupaciones actuales el racionalismo creciente del siglo XVIII, no tanto porque responde a la Ilustración europea de la cual es su última expresión el hombre actual de Occidente, que ya esto bastaría para nuestro intento, cuanto porque con él México ingresó a la modernidad e hizo posible por este hecho su independencia ideológica, más tarde convertida en independencia política, cuya consolidación explica perfectamente la historia nacional hasta nuestro tiempo. El grupo de los ideólogos liberales, Munguía, Ribera, los mismos positivistas, Justo Sierra, Valverde Téllez y la generación de nuestros maestros, conocieron la importancia histórica del siglo XVIII. Pero, entre otras cosas por las mismas causas que opacaron la Ilustración en Europa y principalmente por las vicisitudes de la historia nacional, la conciencia de su actualidad es propia de nuestro tiempo.

Si la vida mexicana actual es la última promoción de una unidad histórica que tiene uno de sus cabos principales en la filosofía de la Ilustración, no hemos sido ajenos a la historia y el tema de la influencia cartesiana en México tiene sentido. No puede tratarse, como suele ser corriente, de la importación más o menos benéfica de un pensamiento europeo extraño. El tema consiste en ver si nuestra ilustración y en consecuencia nuestra historia, asimilaron el cartesianismo hasta el punto de que éste haya cambiado los hábitos espirituales y de que seamos un pueblo moderno por estar vertebrados con él. Con este objeto glosaremos el pensamiento de Alzate y Bartolache, los dos pensadores que pueden con justicia ser considerados los máximos exponentes de la filosofía mexicana de la Ilustración.

II

Podemos empezar por lo más aparente, la situación idéntica del cartesianismo y de la Ilustración mexicana. Cuando Descartes publica por primera vez una serie de obras sobre filosofía y ciencia, muchas fueron las mentes ilustradas que las saludaron con beneplácito, porque comprendieron que por fin había aparecido una nueva filosofía con que

suplantar la ciencia y la filosofía oficiales; muchos fueron también los que, a pesar de la cautela con que procedió su autor, opusieron una enconada resistencia. Cosa parecida sucede a los ilustrados nuestros. Bartolache es prácticamente expulsado del Seminario; por razones de seguridad pública es prohibido en 1768 el primer periódico de Alzate; Morel es quemado en efigie después de su muerte. Quizá por eso todos se cuidan de manifestar respeto por la enseñanza tradicional y hasta señalan expresamente sus bondades. Descartes afirma que, si bien no le parece verdadera toda la enseñanza metódica de las Escuelas, está conforme en que la filosofía sea la clave de todas las demás ciencias y en aceptar la metafísica tradicional para poder ser un verdadero sabio. La misma aceptación por motivos metódicos en Bartolache: "No se me castigue, dice, suponiendo con malignidad que yo me burlo del método común, con que se enseña en las Escuelas y que tengo por absolutamente inútil el trabajo y perdido el tiempo de los primeros estudios de la juventud."¹ Alzate repite, además de reconocer de vez en cuando la bondad de la "sublime metafísica",² de la "sólida doctrina de nuestras aulas",³ que solamente en las primeras lecciones el filósofo "puede ceñirse a una sola secta". El tono admirativo sube cuando se refieren a la dialéctica, si bien es preciso notar que la gimnasia intelectual de los peripatéticos fué un arma de dos filos, pues capacitó a los modernos para atacarlos por todos lados, y sobre todo para usar de sutiles cautelas en el conocimiento furtivo de las verdades escatimadas y en la exposición de las nuevas ideas. Nada extraño tiene, pues, que nuestros autores del XVIII repitan las críticas, lugares comunes después de Descartes, contra los vicios dialécticos, la físico-matemática, las formas sustanciales, los entes de razón, casi con las mismas palabras de las obras cartesianas, y añadan a continuación, al igual que aquéllas, su voluntad expresa de respetar la genuina doctrina de las Escuelas, o de renovar una física incompetente en la explicación verdadera de los fenómenos y, sobre todo, en la acción eficaz del hombre sobre la naturaleza. Sabemos empero la equivocación que se sufre al pensar que es sólo la física aristotélica la que se halla en entredicho en Descartes. Igual pasa en los ilustrados. El fracaso de la

1 "Mercurio Volante", no. 2, p. 2.

2 "Gaceta de Literatura", t. II, p. 240.

3 *Ibidem*, t. I, p. 337.

física repercute en el conjunto del sistema, quebrantando sus fundamentos metafísicos, debido a la estrecha relación entre las formas substanciales, por ejemplo, y la ontología.

Tanto más debieron extremar sus cuidados de encubrimiento cuanto su destino externo estaba desligado en alguna forma de la Universidad o de la didáctica a principiantes, y cuanto preferían el uso de la lengua materna con el objeto de extender sus enseñanzas más allá de los círculos académicos. Es indudable que los tradicionalistas se alarmaron al ver que sus discípulos, educados en la lengua latina, con cierto desprecio por el francés o el español, fundaban la prosa francesa o consolidaban la dignidad del español, asegurando el uso de las lenguas vernáculas en toda clase de materias. La cautela, la "hipocresía", era obligada para sostener un pensamiento nuevo contra aquella filosofía que, se queja amargamente Alzate, el tiempo y la preocupación tenían reconocida como infalible, como la clave que debía dirigir todas las acciones y todos los pensamientos.⁴ No preguntamos quién enseñó estas cosas a Descartes, sino quién las enseñó a los modernos nuestros que existieron un siglo después en un medio todavía más reactivo. Sin lugar a duda, la posibilidad de la influencia es fundada.

Es bien sabido que el principio de la inmanencia constituye el legado de Descartes a la filosofía, y que ésta lo ha aceptado como dogma durante tres siglos. La revolución cartesiana, en embrión quizá en las meditaciones que hacía en la cama el estudiante enfermizo, descubierta con gozo en la soledad de Hulme, llama vigorosamente la atención por vez primera sobre la autoconciencia como la base más segura de todo nuestro saber. El sujeto cognoscente se vuelve hacia sí mismo y no hacia el mundo exterior para dar razón de todo. ¿Cuál es el alcance de la revolución cartesiana en México? Sea cual fuere, estará tamizado por las corrientes que han sacudido al pensamiento en un siglo, y, sobre todo, por las novísimas, como la expresada por el Voltaire de las *Cartas inglesas* o por el Voltaire expositor de Newton. Si de alguna manera podemos caracterizar a nuestro siglo XVIII es por una explosión formidable de confianza en la naturaleza humana, entendida fundamentalmente ésta como razón. Pero observemos que la fe en la razón que aparece en las obras cartesianas no es distinta, y que el primer fruto producido por

⁴ *Ibidem*, t. I, p. 406.

una confianza semejante fué experimentar la independencia espiritual con respecto al pasado, incluso el inmediato. Tanto Descartes como los modernos nuestros se vieron obligados a abandonar las enseñanzas de la Escuela por motivos más profundos que la esterilidad de sus principios o el abuso de los silogismos: por el deseo, el atrevimiento de pensar por sí mismos. Cuando Alzate y Bartolache reniegan de la autoridad y de la *philosophia perennis*, porque caen en la cuenta de que "falta razón" en el doble sentido de estar en desacuerdo con la ciencia moderna y de no ejercitar la razón⁵ no están haciendo otra cosa que trasladar a sus preocupaciones la voluntad cartesiana de no buscar más ciencia que la que se pudiese encontrar en sí mismo o en el gran libro de la naturaleza. El mismo Alzate explica las razones de esta decisión: la filosofía de las Escuelas "tiene fincada toda su subsistencia y toda la decencia de su persona" en "misterios". El simple acto de pensar por sí mismos implica por eso la destrucción del mundo antiguo. La caída en la conciencia o el acto de descubrir en sí mismos la razón como juez supremo de cualquier verdad y como una fuerza viva, les hizo rebelarse contra la enseñanza petrificada que negaba la novedad, enseñando al mismo tiempo que todo había sido pensado como cosa cierta por los antiguos. Quieren conocer —y con esto también repiten el intento cartesiano— la naturaleza, el mundo, hacer una ciencia teórica e inserta a la vez en la vida. La razón, encontrada quizá en un sueño solitario, revierte fecunda sobre la realidad. El descubrimiento del mundo de la razón proporciona por igual a Descartes y a los ilustrados mexicanos un espíritu de exactitud y autenticidad. Cada uno pretende tener su visión propia, concreta, y, cuando es imposible el experimento, pesar con su razón los fundamentos de las teorías y las experiencias antes de aceptar algo. El deseo anhelante del autor de las *Meditaciones* de llegar a distinguir lo verdadero de lo falso, de ver claro en las acciones y entrar con paso seguro en la vida, debió sonar a soberbia demoníaca en los oídos tradicionalistas, si juzgamos por el horror que la nueva manera de pensar causó un siglo después, cuando los tranquilos habitantes de la Nueva España advirtieron que los "extranjeros" aceptaban íntegro el evangelio feijoniano, según el cual la misión de la inteligencia consiste en dirigir los hombres con luces hacia la distinción de lo verdadero y lo falso, de lo opinable y de lo cierto,

5 *Ibidem*, t. II, p. 73.

de la conjetura y de la verdad. Dos son los motivos que los mueven a aceptar por fundamentos de la nueva filosofía "sólo la razón", y, como medio de comprobación y de conocimiento, "la experiencia".⁶ El repudio de los términos oscuros de la escolástica, el más visible. Una voluntad permanente, consecuencia del acto de pensar por sí mismos, de no adherirse a las ideas más que por su claridad y distinción, el principal. Es cierto que los ilustrados no escribieron un texto con tales palabras, pero su obra entera resulta un testimonio elocuente y bien pudieron suscribir el móvil de las *Meditaciones*: formar ideas distintas de las cosas de que se quiere juzgar. Es todavía más sorprendente que en uno y otros semejantes ideas revolucionarias nazcan de la duda y la desconfianza que produjeron en sus ánimos los conocimientos enseñados como verdad única, la vida generalmente aceptada, la experiencia de la relatividad de sistemas filosóficos y de costumbres a pueblos y hombres, los errores comunes y los prejuicios del hombre medio, y, en general, el mundo exterior. Tienen todos la sensación de verse rodeados de "muchos errores" que ofuscan "su opinión natural" y los vuelven insensibles "para la voz de la razón", como expresa con claridad Descartes. Tal pareciera que la vida es un sueño que produce por un lado desconfianza y por otro la necesidad de recurrir a la intimidad de la razón. Por eso en uno y otros todo el pensamiento está dirigido por una fina sensibilidad crítica, en la doble acepción de señalar los errores y de formar juicios claros y distintos. Tal es el principio inmanente de la "revolución cartesiana", cuyo alcance es manifiesto en nuestros ilustrados. Con la diferencia de que Descartes, más filósofo, más técnico, lleva la duda o la razón crítica a todos los conocimientos y la convierte en fundamento de un sistema, mientras éstos, herederos por igual del filósofo francés y de Bacon, hijos de una época irresponsable para los sistemas, permanecen en la crítica, cuyo ejercicio es para ellos la mejor expresión de la filosofía. Lo cual no obsta para que, siguiendo los caminos del "padre de la filosofía moderna", sean en México los defensores de la autonomía de la razón y pongan las bases ideológicas para la reorganización absoluta de la filosofía. Esto sin contar, como sucede en Descartes, la influencia bienhechora en el desenvolvimiento de la matemática, la física, la psicología y todas

⁶ *Ibidem*, t. I, p. 222.

DESCARTES EN LA ILUSTRACION MEXICANA

las ciencias naturales, producida por una filosofía moderna reciamente determinada por la ciencia.

Existe, pues, en los ilustrados mexicanos todo el alcance de la llamada revolución cartesiana, paliado naturalmente por el experimentalismo de Bacon y por las aspiraciones de un siglo para el cual la simple manifestación de buen gusto en cualquier materia era signo inequívoco de auténtica filosofía, y para el cual no eran necesarios, según la innegable autoridad de los editores de la Enciclopedia, buenas obras, sino buenos espíritus, buenos hombres, buenas inteligencias, esto es, hombres que usaran la razón en las direcciones apuntadas. Existe entre ellos y Descartes algo más que un simple parentesco. No sólo porque enuncian accidentalmente las doctrinas cartesianas son cartesianos, sino porque recurren a ellas como principio seguro de la filosofía. Pero no son idealistas. El hecho de postular la razón para dar cuenta de todo no es sino una manifestación muy cercana de la certeza que de sí misma tiene la conciencia humana, y no otra cosa es el principio cartesiano. Puede decirse, y con razón, que se trata o de una situación histórica idéntica o de una pura dependencia histórica, suficientemente explicada por el conocimiento que los ilustrados nuestros tenían del mundo contemporáneo saturado de cartesianismo. Así se explicarían estas coincidencias fundamentales, y otras no menos elocuentes, como la confusión que se advierte entre la ciencia y la filosofía, paralela a la confusión de la filosofía y la ciencia que se daba en la escolástica; como la preocupación por las ciencias directamente relacionadas con los objetos reales al lado de aquella por las abstractas; como la marcada tendencia a la ciencia, entendiéndola por ésta un medio de la técnica, o la tendencia a asociar la experiencia con el razonamiento, pero sin llegar a establecer experimentos precisos, acompañados de medida y cálculo, contentándose con la exactitud cualitativa que los sentidos perciben de una manera inmediata. Todo esto no se niega. Sirve ya de una manera congruente a nuestro intento al mostrar la abrumadora cercanía de nuestro siglo XVIII a Descartes. Ni Locke, ni Malebranche, ni Spinoza, ni Wolf, ni Leibniz, dominan en la Ilustración mexicana con la fuerza de Descartes, sólo comparable a la de Bacon y Newton. Pero puede encontrarse entre Descartes y los ilustrados algo más que la simple comunidad de espíritu. La situación idéntica o la influencia histórica de consuno hicieron posible un conocimiento directo, si no siempre de las obras del autor del *Discurso del método*, sí de los cartesianos de

más pura cepa. Ya los jesuitas que cubren la primera etapa ideológica del XVIII, alardeaban de su conocimiento sobre las doctrinas físicas cartesianas al lado de todos los modernos. ¿Cómo los ilustrados, que cubren lo que bien puede llamarse la Ilustración mexicana, iban a ignorarlas?

III

Alzate expresamente contrapone la filosofía moderna basada en Descartes, Gassendi y Newton, a la tradicional con base exclusiva en la autoridad de Aristóteles.⁷ Las distintas publicaciones periódicas de este filósofo, es cierto, contienen muchas equivocaciones e iguales deficiencias debido a que estudió al mismo tiempo innumerables cosas, según la explicación del Barón de Humboldt; pero sólo cerrando los ojos puede ignorarse el intento grandioso, que domina totalmente en ellas, de fortificar el juicio, de convertir a todos los habitantes de la Nueva España en críticos y, en este sentido, en filósofos. Quizá en todo el siglo XVIII no existen publicaciones tan elocuentes en mostrar en la práctica una tenacidad nueva por la verdad, una firme voluntad de señalar, antes que aumentar los conocimientos, el método seguro de la ciencia y de la filosofía, cosa que para él resulta lo mismo,⁸ o indicar las condiciones del "recto uso de la razón", en nada diferentes, también para él, de las que permiten el conocimiento de las "leyes de la naturaleza".⁹

Estas ideas no significan otra cosa que el establecimiento de un nuevo tipo de lógica, una lógica útil para los efectivos progresos de la inteligencia en la matemática y en las ciencias naturales. No se trata de una lógica elaborada a la manera escolástica, sino de una lógica que proporciona las normas para dejar expedito el campo del conocimiento a la "luz natural" o a la inteligencia "natural", al "*lumen naturale*" que dijera Descartes, compuesta por un cúmulo de verdades que se nos dan con evidencia en la intuición, y que, como la misma inteligencia, no deben explicarse. El mejor comentario que podemos hacer a propósito de estas convicciones que se perciben, aunque no se leen en los periódicos gacetales, es recordar que también Descartes establece como punto de partida

7 *Ibidem*, t. II, p. 73.

8 *Ibidem*, t. III, p. 45.

9 *Ibidem*, t. II, p. 9.

DESCARTES EN LA ILUSTRACION MEXICANA

la razón y su evidencia, y que según él la primera etapa del conocimiento es la intuición, que no es otra cosa que una "luz natural", un "instinto natural". Inteligencia natural, para uno y otro, viene a ser sinónimo de la razón libre de los formalismos escolásticos, y se da en todo hombre por el hecho de ser hombre. Descartes dijo ya que el ejercicio de esta inteligencia, las normas necesarias para saberla aplicar en cada caso sin las fallas de la escolástica, constituye el método. También para Alzate la sabiduría consiste en que la inteligencia señale en cada caso de la vida el camino que se debe seguir.

Quien lea con estas preocupaciones las obras del filósofo mexicano, a veces irresponsablemente despreciado por ostentar el título de periodista, se extrañará de encontrar a cada paso vaciado en ellas todo el espíritu de las Reglas, si no es que las Reglas mismas. Todos saben que Descartes enseña una lógica nueva, que a diferencia de la escolástica, como dice en los *Principios*, enseña a conducir bien la razón para descubrir las verdades ignoradas. También Alzate sostiene una lógica nueva. También él afirma que depende mucho del uso y que conviene practicarla por mucho tiempo en cuestiones sencillas como son las matemáticas. Su intento es proporcionar, leemos en la "Gaceta", las seguras reglas críticas por las cuales "se comunica a los jóvenes el camino seguro para dirigirse convencidos, reflexionando, advirtiendo, combinando".¹⁰ No consisten, enseña casi en cada página, en otra cosa que en el simple ejercicio de la inteligencia natural. El modelo es, en todo caso, la geometría. "No hay ciencia que rectifique más el entendimiento que la geometría, pues además de que enseña a discurrir con método y solidez, habitúa igualmente el entendimiento a deducir de un solo principio muchas consecuencias."¹¹ Y hasta resulta elocuente advertir que ni Descartes ni Alzate tienen una sola cuestión relativa a la lógica, como no sea la forma muy general de la segunda parte del *Discurso* y la afirmación según la cual la geometría demuestra al método.

Nada extraño, pues, que Alzate haya captado la duda cartesiana en su doble significado de duda metódica y de principio del conocimiento o fundamento de la verdad. "No se puede repetir demasiado —escribe—, que la duda es el fundamento de toda buena filosofía, y en muchas oca-

¹⁰ *Ibidem*, t. I, p. 18.

¹¹ *Ibidem*, t. III, p. 377.

siones es en lo que terminan sus conocimientos.”¹² Si tenemos presente que la duda es posible en Descartes porque una concepción nominalista o empirista de la inteligencia le hace desconfiar del mundo exterior, aceptaremos la raíz cartesiana de la duda de Alzate, aunque ésta sea fiel al nominalismo y defienda, en consecuencia, la duda metafísica en el conocimiento. A esto, que indudablemente resume el cartesianismo de Alzate, deben añadirse algunos datos, como el conocimiento directo de las *Investigaciones de la verdad*, el libro fundamental de un profundo admirador de Descartes, Malebranche, o como los argumentos en favor de la ciencia natural tomados de la superioridad del hombre con respecto del animal por tener inteligencia: “Debemos diferenciarnos —enseña— de las bestias en que no admiran, no observan, porque carecen de alma racional.”¹³

Opinamos por todo esto que Alzate debió de haber conocido a Descartes, pero, por una parte la rapidez y lo enciclopédico de sus numerosos escritos destinados a un gran público, por otra el recelo contra lo moderno y particularmente contra Descartes, según muestran los papeles de la Inquisición, hicieron que paliara la influencia cartesiana, a veces dejando simplemente de nombrar a su autor, de la misma manera que ocultaba su nueva filosofía. Solamente así se comprende la insistencia, común a todos los ilustrados, por establecer la existencia de una buena razón en los heréticos y, en general, en los autores modernos que se oponían a la escolástica.

IV

Es en Bartolache, para nosotros el más moderno entre los filósofos ilustrados del XVIII, en quien el cartesianismo tiene protuberancias mayores y más explícitas. Por sus obras fundamentales, las *Lecciones matemáticas* y el *Mercurio Volante*, participa del cartesianismo indicado antes. Pero en las *Lecciones matemáticas* añade una concepción rigurosa de la inteligencia y del método, tan completa como no es posible encontrarla en ningún autor, ni siquiera en el célebre “Wolfio”, según promete en las primeras páginas. Se trata en realidad de una metodología de la matemática que se convierte en la metodología de la ciencia o del pensa-

¹² *Ibidem*, t. II, p. 104.

¹³ *Ibidem*, t. I, p. 78.

DESCARTES EN LA ILUSTRACION MEXICANA

miento filosófico, y que no hace sino recoger al modo mexicano las aspiraciones modernas cartesianas de encontrar un camino seguro al conocimiento.

Sabemos, en efecto, que todas las preocupaciones matemáticas de Descartes tuvieron por objeto la idea de encontrar los principios verdaderos o los conocimientos simples de la ciencia en general, y sacar de ellos el verdadero método. La necesidad apremiante de un método es la cuestión fundamental en sus obras. Bartolache por su parte, después de quejarse como Descartes de la poca atención concedida por los filósofos al estudio del método, afirma de una manera expresa: "Estoy con los filósofos más sensatos en la opinión de que el método es un tratado de la mayor importancia."¹⁴ Por eso la tarea angustiosa de sus escritos está cifrada en un intento grandioso de hacer que todos comprendan las leyes del buen método y sepan aplicarlas a cualquier materia. Es de la esencia del método proporcionar conocimientos ciertos y seguros, esto es, proporcionar conocimientos científicos. "Método en punto a ciencias es aquel buen orden o disposición de las partes de un discurso, para hallar de un modo fácil y seguro las verdades incógnitas y demostrar a otro las ya conocidas",¹⁵ define con palabras que tienen un indudable parecido con las escritas por Descartes en las Reglas y según las cuales todo el método consiste en el orden y la disposición de las cosas hacia las que es necesario volver el espíritu para descubrir la verdad. Y así como en el *Discurso* se plantea el problema de cuáles son los conocimientos realmente verdaderos e indiscutibles que servirán de guía, y se señala una ciencia puesta a cubierto aún del escéptico, la matemática, así en las *Leciones matemáticas* se enseña que las matemáticas son las únicas ciencias con valor universal y conocimientos seguros.¹⁶ Descartes analiza la matemática con el objeto de ver en qué consiste su método, y ya conocemos el resultado creador. Bartolache recibe simplemente el legado científico de los modernos, sorprendiéndonos la penetración del concepto de orden sobre el que tanto insistió el filósofo francés. Tanto para uno como para otro el orden es el factor del conocimiento, ni más ni menos que como sucede en la matemática actual. "Debe probarse —dice Bar-

14 *Lecciones matemáticas*, Intr.

15 *Ibidem*, cap. I, p. 1.

16 *Ibidem*, Intr.

tolache— por un exacto y ordenado discurso” la conexión entre la hipótesis y la tesis;¹⁷ idea que completa diciendo que el “método matemático, o método de los geómetras, es un exactísimo y rigurosísimo orden de hallar y enseñar las verdades incógnitas”.¹⁸ Cosa igual sucede a la insistencia con que explica el método analítico y sintético, de tantos frutos en Descartes.

Aplicando la síntesis y el análisis, esto es, los caminos del conocimiento científico, Descartes se esfuerza en mostrar cómo es posible aplicar a las ciencias naturales el método matemático, y cómo también en ellas produce conocimientos seguros. Amplía a toda la realidad el método encontrado, pero está lejos de intentar la reducción de la ciencia a la matemática. En él la matemática es el medio propicio para un fin: poner las demás ciencias a la altura de ésta, de manera que en cualquier materia se puedan adquirir verdades ciertas y seguras. Exactamente el intento de Bartolache, cuando, después de definir la ciencia por la operación de deducir conclusiones ciertas de principios ciertos, o mejor, por un conocimiento cierto y evidente deducido de otros que hacen las veces de principios, hace notar que estas ideas se aplican perfectamente a la matemática, y no sólo concluye que “en cualquier ciencia puede usarse del método matemático”,¹⁹ sino que afirma que “si todas las ciencias naturales se trataran con método matemático, todas serían ciencias matemáticas”,²⁰ en cuanto que en ellas se deducirían conclusiones evidentes de principios evidentes. Y no olvidemos, al llegar a este punto culminante de la comparación, que Descartes fija las condiciones del método evitando las cuestiones metafísicas y epistemológicas, y aceptando las verdades inmanentes de la matemática y de la ciencia en general. Lo mismo hace Bartolache. Las famosas reglas cartesianas, además, en las que viene en definitiva a consistir el método, no deben ser retenidas, según la intención de su autor, en la memoria a la manera de las leyes silogísticas de la escolástica. La razón de su ser está en organizar la inteligencia para que proceda rectamente. El método no ordena materias, sino razones. Más que en la aplicación metódica de las reglas, consiste en la fortificación del espíritu. Pues bien, con sorpresa hemos constatado que estas

17 *Ibidem*, cap. I, p. 5.

18 *Loc. cit.*

19 *Ibidem*, cap. II, p. 31.

20 *Loc. cit.*

ideas son las que inspiran el pensamiento final de Bartolache a propósito del método. Para él la aplicación del método equivale a "tratar cualquiera ciencia con método matemático", y depende de seis reglas, "las cuales se han tomado de autores muy juiciosos y metódicos, la mayor parte del célebre Renato Des Cartes",²¹ y que en realidad reproducen fielmente, cinco, las reglas cartesianas, y una, el legado matemático de la modernidad al que no es ajeno el propio Descartes.

El fundamento filosófico de una concepción semejante del método está claramente inspirado en la metafísica de Descartes. Aunque en ninguna parte Bartolache se refiere al "*cogito*", ni desarrolla el concepto central de duda, afirma con insistencia que las voces oscuras estorban la verdad, que el método depende de ideas claras y distintas, que las representaciones claras y distintas son verdaderas. Enseña asimismo que el conocimiento es la misma percepción, la idea, la noción que tenemos de los objetos, y, lo que es más revelador, el criterio supremo de la verdad, aquello por lo cual juzga firme todos sus pensamientos, es una evidencia concebida a la manera cartesiana. "Evidencia —dice— es una tal claridad y satisfacción en lo que enseñamos por la luz natural, que no nos permite ni aun sospechar que podamos en ello engañarnos."²² Iluminación y seguridad propia de la vida de la conciencia. Una proposición evidente resulta por eso de necesidad cierta. Y como el método consiste precisamente en el lugar que tengan las proposiciones útiles para una conclusión determinada, hace hincapié en que la definición es el fundamento del método y del buen uso de la razón: "Cuanto más y mejor se sabe definir, tanto mejores ideas se tienen de las cosas."²³ Esto se debe a que la definición no es otra cosa que "aquel conjunto de términos con que se significa el modo con que pudo hacerse de otro".²⁴

Desgraciadamente no podemos extendernos en el desarrollo de estas y otras muchas ideas. La revolución cartesiana en el orden del conocimiento es más que patente. Por una parte, las convicciones fundamentales de Bartolache señalan o suponen necesariamente una correspondencia idealista, sorda a veces, declarada en otras. Por otra parte, la naturaleza no viene a ser más que un punto material al que la matemática da vida.

21 *Ibidem*, cap. II, p. 65.

22 *Ibidem*, cap. II, p. 49.

23 *Ibidem*, cap. II, p. 42.

24 *Ibidem*, cap. I, p. 8.

De esta manera la tendencia científico-natural, entonces dominante, adquiere un rasgo señalado, casi diríamos personal y por eso ya mexicano, en las *Lecciones matemáticas*. En todo caso, Bartolache produce la impresión de ser un discípulo de la más pura cepa cartesiana. Como es bien sabido, un resultado natural de la posición cartesiana fué la separación de la teología y la filosofía, no como ya la llevaban a cabo los escolásticos, sino de una manera más radical. También el idealismo no declarado, el monismo de método y de realidad, que se percibe en Bartolache, lleva a la separación de la fe y la razón, así como al establecimiento de métodos específicos para cada disciplina. En nada parecería adelantar el pensamiento de Bartolache a la actitud casi idéntica de Alzate y de casi todos los modernos hispanoamericanos del xviii, si no añadiera que la teología es una ciencia enteramente aparte porque de ella no se tienen conocimientos ciertos, como de las demás, por la reducción a la matemática. Por eso dice que "en cuanto a la ciencia sobrenatural, o santa Teología, baste decir que es la ciencia de todos los santos. Nuestra intención es reverenciarla y no confundirla con el resto de las ciencias humanas."²⁵ La teología está más allá de los límites de la inteligencia. "Confesamos de buena fe su alta dignidad, su importancia y la limitación de nuestros conocimientos."²⁶ Pero no digamos que las ideas pueden ser patrimonio de la modernidad; ¿acaso no las mismas palabras tienen demasiada similitud con las de Descartes?

Es igualmente Bartolache el filósofo mexicano del siglo xviii que deja testimonios más elocuentes de admiración, llegando hasta la defensa, por Descartes. No sólo da a conocer conscientemente la raíz cartesiana de sus preocupaciones metódicas, sino que en ocasiones llama a Descartes "hombre de vasto ingenio".²⁷ Y algunas veces recrimina la ignorancia que sus contemporáneos tenían sobre el "gran" filósofo, "más perseguido que estudiado de sus impugnadores los peripatéticos".²⁸ A juzgar por la crítica que hace al libro del jesuita Gabriel Daniel, *Viaje al mundo de Descartes*, que tanto contribuyó a deformar el cartesianismo entre los tradicionales,²⁹ conocía en un grado tal la obra cartesiana íntegra que pudo demostrar como falsa la opinión de que Descartes era

25 *Ibidem.*, cap. II, p. 63.

26 *Loc. cit.*

27 "Mercurio Volante", n° 2, p. 15.

28 *Ibidem.*, p. 16.

29 Cfr. "Mercurio Volante", n° 2, p. 3.

DESCARTES EN LA ILUSTRACION MEXICANA

el inventor del termómetro, afirmando que, según la edición de Amsterdam de 1714, "que es la única que he visto y parece muy completa", el número 77 aducido por argumento no existía en el tercer volumen de las *Cartas*.³⁰ Por otra parte se muestra muy familiarizado con el cartesiano Malebranche y con las orientaciones de Port-Royal contenidas en el *Arte de Pensar*, libro que, como es bien sabido, intercala trozos enteros de las Reglas.³¹

v

Tal es el cartesianismo que a grandes líneas puede señalarse en los escritos de los dos más grandes pensadores nuestros del siglo xviii, Alzate y Bartolache. La situación histórica idéntica, así como el conocimiento que ellos tuvieron del mundo moderno saturado de cartesianismo, hizo posible el conocimiento directo de las obras de Descartes. Es evidente el influjo decisivo del cartesianismo, pero también lo es la presencia de Descartes. Si en ocasiones sólo parece existir la doctrina y no el autor, se debe, o bien a que muchas veces nuestros ilustrados, al igual que los de Europa, protegidos por una inconciencia histórica entonces explicable, atacan al pensamiento de Descartes con las mismas ideas cartesianas que les daban los tiempos nuevos, o bien a la presión tradicional y la consecuente cautela con que los modernos de todos los países se vieron obligados a ocultar la ascendencia de sus ideas y las ideas mismas. Por lo que hace a nosotros, sabemos que los papeles de la Inquisición³² registran denuncias contra Descartes desde la primera mitad del siglo, y que si los inquisidores españoles dejaban en cierta libertad la circulación de los libros cartesianos, éstos habían sido condenados por el Santo Oficio Romano desde 1663.

Sin embargo, no puede hablarse de un neocartesianismo mexicano en la segunda mitad del siglo xviii. La adopción del legado cartesiano filosófico no implicó la defensa o la aceptación de todas las doctrinas del filósofo francés. Al contrario, Descartes mismo, visto a través de

30 *Ibidem.*, n° 4, p. 27.

31 Lecciones Matemáticas, cap. I, p. 61.

32 Cfr. Lina Pérez-Marchand, *Dos etapas ideológicas a través de los papeles de la Inquisición*, Méx., 1945.

las preocupaciones de la época, cuando ya sus enseñanzas tenían un siglo de correr el mundo, proporcionó las ideas para repudiar el sistema cartesiano, principalmente en lo que respecta a la naturaleza y la concepción mecánica de la ciencia con los corolarios matemático-mecánicos, que tanto impresionara en el siglo xvii, pero que al ser convertida por los discípulos en sistema sin el auxilio de nuevas comprobaciones experimentales, como era la intención de su autor, empezó a parecer infundada, cuando no ilusa y producto de fantasías. Por eso Bartolache puede decir, pese a su acendrado cartesianismo, que Descartes “cayó en la flaqueza de formarse muy a propósito y a su gusto un sistema cabal de física, suponiendo lo que le pareció verosímil a primera vista y conforme a unas cuantas leyes de la naturaleza”.³³ Este duro juicio que la época de las luces, orientada hacia la crítica y hacia el experimentalismo, dirige al filósofo francés hace imposible la adopción, o la defensa siquiera, del sistema cartesiano. Por otra parte, los ilustrados, hijos también en esto de su tiempo, no pudieron ser los ecos de un sistema, no solamente porque una de sus convicciones más profundas era el asistematismo, sino porque su idea acerca del método, del destinatario de la filosofía y de la filosofía misma, ya no encajaba dentro del sistema en general y menos dentro del cartesiano. Aceptaron, pues lo que de funcional, de histórico, había en Descartes, y quizá por eso pudieron participar activamente de su mejor herencia, del legado filosófico y científico al mundo moderno.

De esta manera el cartesianismo adquiere en la Colonia un nuevo sentido en comparación con el de Sor Juana, Sigüenza y los jesuitas innovadores. Si ya en estos autores la influencia cartesiana aparece condicionada por la mentalidad decadente, que entonces privaba, y por la correlativa modernización, en los ilustrados el doble proceso adquiere tales proporciones que bien puede decirse que Descartes contribuye al logro de la independencia ideológica en un grado tal como no pudieron hacerlo Locke, Malebranche, Spinoza, Wolf, Leibniz, y como sólo pudieron hacerlo Bacon y Newton. Ya no se trata, en efecto, de un conocimiento más o menos extenso, de la aceptación o rechazo de algunas tesis fundamentales relacionadas con la ciencia o con la filosofía de la ciencia, sino de la asimilación de lo que la historia ha venido a llamar el pensamiento más genuinamente cartesiano, como es la preocupación metódica y la nue-

33 *Lecciones Matemáticas*, cap. II, p. 61.

DESCARTES EN LA ILUSTRACION MEXICANA

va idea de la inteligencia, de la razón y en consecuencia de la lógica. Tampoco se trata de un sistema europeo importado a México con una imitación más o menos feliz, con una influencia más o menos benéfica, sino de una filosofía que se vuelve mexicana por la interpretación, las modificaciones y la aplicación que mexicanos hacen de ella a la realidad nacional. Si observamos la historia nuestra, por lo menos desde los finales del siglo xvii, advertiremos que el cartesianismo avanza en la misma proporción en que avanza la modernidad. Su influencia es creciente hasta llegar a los ilustrados, cuyo pensamiento, según hemos dicho en otra parte,³⁴ se caracteriza por tener ya una voluntad nacionalista y cuya asimilación de las ideas europeas no es otra cosa que el resultado de un amor patriótico, como es salvar a la patria de la decadencia por medio de la modernización. Quiere decir esto que Descartes contribuyó en una gran parte a la formación del pensamiento mexicano ilustrado. No en balde es el "padre de la filosofía moderna". Los escritores del siglo xviii tuvieron que contar con él y las orientaciones que le debía la cultura occidental.

Podemos entender ahora el sentido profundo que tiene la influencia de Descartes en la historia de México. Sin duda es importante que el cartesianismo haya contribuido a la constitución definitiva de la filosofía y de la suficiencia de la razón entre nosotros; pero es mucho más importante que esté ligado estrechamente a la adquisición de la conciencia nacional y a la formación de un nuevo hombre que se sabe y se siente mexicano sin perder por eso su cartilla de ciudadanía universal, conquistada entonces juntamente con la independencia respecto del pensamiento colonial y el pasado. La influencia cartesiana está, pues, en nuestra historia.

RAFAEL MORENO

34 Cfr. "Alzate y la filosofía de la Ilustración", *Filosofía y Letras* N° 37.